

“Empresas recuperadas y mundo del trabajo: los jóvenes de ayer y de hoy”

Juan Pablo Hudson: Doctor en Ciencias Sociales (UBA). De 2004 a diciembre de 2011 fue becario Doctoral y Postdoctoral en el Conicet, con sede en el Instituto Gino Germani, Universidad de Buenos Aires.

E-mail: juanpablohudson@hotmail.com

Los jóvenes de ayer.

En el epílogo del libro *Acá no, Acá no me manda nadie. Empresas Recuperadas por obreros 2000-2010* (Hudson, 2011), se hace referencia al capítulo en el que se plantea el conflictivo vínculo entre los socios fundadores de las empresas recuperadas y los jóvenes que incorporan a medida que los niveles de producción y los circuitos de comercialización se expanden. Veamos ese primer párrafo (Colectivo Situaciones, en Hudson, 2011:220):

“Esta es la historia de una experiencia que probablemente no vuelva a pasar. La ocupación de fábricas requiere de un tipo de compromiso, de saberes y de esfuerzo con el trabajo que, tal vez, quienes protagonizaron las ocupaciones a principio de este siglo hayan sido la última generación que los posea. Y tal vez esa intuición sea parte de la tristeza y de todos los dilemas que aparecen entre los “laburantes” y los “pibes”. ¿Cómo incorporarlos a ellos, a los pibes, como socios (es decir, en igual rango) si les duele el cuerpo de nada, si “no se ponen las pilas” y faltan a cada rato sin justificación, si no entienden algo profundo del sentido de dedicarle tanto esfuerzo al trabajo? (...) Desilusión de los “laburantes”: frustración del trasvasamiento generacional. No se ven a ellos mismos de jóvenes cuando ven a los pibes. Como si la ocupación, parecen concluir los laburantes, necesitara de que sus protagonistas hayan pasado por la disciplina de la fábrica para que sea posible y, también, deseable. Si se quita ese sustrato, ese pasado, esa experiencia de lucha y obediencia, se vuelve difícil asumir todo el compromiso que implica poner en marcha cualquier establecimiento recuperado. Primer punto, entonces: la ocupación de la fábrica está al interior de un cierto encanto o relación de proximidad con ella, necesaria para transformarla”.

Este extracto del epílogo es el punto de partida del presente artículo. En principio, debemos afirmar que no se trata de que este tipo de experiencias no vuelvan a ocurrir (de hecho suelen surgir nuevos casos de recuperaciones en los años recientes), sino que van a continuar ocurriendo bajo las

condiciones y premisas dispuestas por el tipo específico de subjetividad que ha sido y va a ser la protagonista invariante de las recuperaciones: la subjetividad fabril, operaria. Aún cuando, como ya sabemos, no son únicamente fábricas las que se han recuperado. Pero nos referimos a una producción subjetiva dominante socializada desde temprana edad durante años bajo los preceptos y códigos disciplinarios del sistema de fábrica.

Los trabajadores con los que investigué y compartí estos últimos ocho años en el Gran Rosario, muestran y reivindican tres características distintivas: *sacrificio*, *responsabilidad* y *compromiso* en (y por) el espacio de trabajo al que ingresaron desde muy jóvenes. El trabajo es para ellos un sinónimo inequívoco de dignidad y el elemento clave, fundante, de su identidad. Esta subjetividad propia de los laburantes, a más de una década de las primeras recuperaciones, pone de manifiesto una ambivalencia que debemos asumir en toda su complejidad: por un lado, sólo estos trabajadores fueron –y son- capaces de impulsar los históricos procesos de lucha que permitieron la recuperación definitiva de más de doscientas empresas en quiebra; a su vez, sólo estos trabajadores, una vez constituidas las cooperativas, fueron –y son- capaces de sacarlas adelante en materia productiva, financiera y comercial; ahora bien, asimismo, como otra resultante de esta misma subjetividad, los procesos de cambio y experimentación en materia de organización y concepción del trabajo han tenido prontamente fronteras precisas. Si bien determinadas experiencias han sostenido, de alguna manera, los dispositivos de autoorganización que primaron como principios básicos de las recuperaciones en su fase inicial (asambleas, distribución equitativa de los ingresos económicos, atenuación, eliminación o reestructuración de las jerarquías patronales, apertura a la comunidad), los laburantes se ocuparon de afirmar en esta década, a través de sus acciones y decisiones, cuáles eran los límites de lo deseable (y en ese punto, de lo posible para ellos en tanto generación) al interior de las cooperativas.

Las fábricas recuperadas son procesos aún jóvenes. Las más antiguas tienen diez o doce años de vida. Sin embargo, y como principal paradoja, la cultura (y concepción) del trabajo que manifiestan sus trabajadores se alejan de –e incluso chocan de frente con- las subjetividades más actuales. ¿Qué subjetividades contemporáneas tienen acaso un apego tal con su espacio laboral? ¿Quiénes, en definitiva, están dispuestos a dar la vida no sólo por mantener su trabajo en una fábrica sino también por finalizar su carrera laboral allí?

Desde este punto de vista, son experiencias que pertenecen a otro paradigma o generación laboral, que ya poco tiene que ver con las tendencias más extendidas en nuestra época. En un artículo que escribí para la revista nº 5 del OSERA (Hudson, 2011), afirmé que el cierre de la primera fase de las recuperaciones de empresas se podía fijar, por un lado, a partir de las fuertes limitaciones

puestas de manifiesto a la hora de construir una red de instituciones nuevas, comunes al conjunto de las cooperativas emergentes y en coordinación compleja con otros actores sociales en lucha. Cuando hice hincapié en la construcción de instituciones de envergadura no me refería a nombres y siglas grandilocuentes (como ha ocurrido mayoritariamente), sino a la puesta en marcha de una ingeniería institucional entre las fábricas sostenida en base a nuevos fundamentos, objetivos y modalidades de organización, capaz de sustraerse, en dimensiones decisivas, de los imperativos y los tiempos impuestos por el mercado, como de lograr una vinculación más compleja con esas nuevas formas de gobernabilidad que fue construyendo el *kirchnerismo* y que tienen como principal característica la fijación de este tipo de movimientos sociales autónomos como interlocutores decisivos a la hora de la gestión social y económica.

Por otro lado, el cierre de esa primera fase lo determina el relegamiento de los incipientes interrogantes y cuestionamientos que se pusieron en marcha, a través de ensayos concretos, en torno al trabajo, o, mejor, a la cultura del trabajo fabril.

La incorporación paulatina de jóvenes no hizo más que poner de manifiesto cuáles eran aquellos interrogantes y cuestionamientos que se habían relegado o, como veremos, ya decidido: la cantidad de horas de permanencia en las fábricas, el tedio y la monotonía como elementos fundantes de la jornada laboral, el alcance y el sentido del tiempo libre en la vida de los trabajadores, el trabajo y el consumo, la igualación entre trabajo e identidad, el sacrificio y la permanencia durante jornadas extensísimas como sinónimo de dignidad, el lugar del cuerpo y sus padecimientos en el espacio de trabajo, cuáles son los parámetros para determinar el bienestar o la felicidad en fábricas sin patrones, entre otros.

A una década del inicio de estos procesos, entonces, más que pensar estas preguntas en términos de debates o discusiones pendientes, debemos asumir que el rumbo que han elegido los trabajadores a la hora de autogestionar las cooperativas da cuenta de decisiones e incluso de respuestas contundentes. El riesgo sería proponer un escenario que enfrente –de manera especular– la desilusión de los laburantes por la frustración que los embarga ante la imposibilidad de un trasvasamiento generacional, con la desilusión por el detenimiento de las transformaciones en la organización de las fábricas y el cierre de un cuestionamiento más extendido y radical a la cultura del trabajo imperante. De allí la necesidad de atenernos estrictamente a lo realizado y afirmado en esta década. Lo aclaramos con otras palabras: primero han sido todas las acciones positivas, afirmativas de los trabajadores y sólo después, en segunda instancia, una vez transcurridos los años, la cristalización actual de los límites y las fronteras de lo *posible* que esta generación se autodeterminó. Podemos leer estos límites como una frustración o, contrariamente, como un desafío a retomar, bajo

otros parámetros y concepciones, por las nuevas generaciones. Me inclino decididamente por esta segunda opción. El problema hasta el momento ha sido, en todo caso, que se ha intentado un trasvasamiento generacional bajo las mismas –idénticas- premisas y concepciones de aquellos que recuperaron las fábricas, sin tener en cuenta las características propias de estos jóvenes que se incorporan al mundo del trabajo.

Los jóvenes de hoy.

En los últimos años, la creación de nuevos puestos de trabajo, dio lugar a discursos que afirman un retorno del trabajo e incluso de una reinstalación de una incipiente sociedad salarial. Sin perder de vista la importante reducción del desempleo, lo que vemos consolidarse hoy en día es el trabajo *multiforme* (Colectivo La Casona de Flores, 2011). Es decir, la emergencia de múltiples formas laborales que incluyen desde cooperativas (autónomas o con financiamiento estatal), nuevos subsidios, la reactivación y consolidación de ciertas ramas y gremios de la industria, y la masificación de condiciones de precarización difundidas de diversos modos, incluidos los casos de neoesclavitud en talleres o fábricas clandestinas. La pretendida hegemonía de la industria y del trabajo formal se ve desbordada por la combinatoria de empleos y estrategias para generar ingresos.

Los jóvenes –entre 18 y 25 años- que se incorporan a las fábricas recuperadas llevan vidas comunes a su generación. Se trata de trayectorias vitales signadas por la alternancia -o combinación- entre períodos de desocupación y realización de changas, empleos en negro y cobro de subsidios estatales, y la asunción de todo tipo de trabajos precarios y temporarios. En las cooperativas, a pesar del cumplimiento estricto de las condiciones de trabajo, e incluso que en ciertos casos se los incorpora como socios plenos, los *pibes* que se incorporan permanecen durante tiempos muy breves, se ausentan en forma reiterada, no cumplen con los horarios, rechazan cualquier marca disciplinaria, y manifiestan un desapego con las tareas que realizan. Para estos jóvenes, según testimonian, el empleo no se inscribe como el organizador principal de sus vidas, ni es una marca decisiva en la construcción de su identidad, ni tampoco es una fuente de orgullo y dignidad.

Un paréntesis antes de seguir: Es notable cómo, en el caso de las empresas privadas, aquello que se requiere justamente son los saberes y habilidades obtenidos por los más jóvenes en su tránsito por la vida precaria. Podemos hablar de un currículum oculto ansiado por las empresas. El currículum oculto estaría conformado por todos aquellos saberes y haceres obtenidos por fuera de las instituciones escolares y los empleos formales (Colectivo Juguetes Perdidos, 2011): “Se trata de las

formas de vida, de las subjetividades, los saberes, la información necesaria para habitar y movernos en los terrenos sociales actuales”.

En el mundo laboral contemporáneo, la transitoriedad de los empleos se sustenta –de manera perversa- en uno de los principales deseos o, al menos, en un temor de los más jóvenes (tan lejanos a los deseos o temores de los que protagonizaron –y protagonizan- las recuperaciones de fábricas): no estar atados a un espacio laboral durante toda la vida ni tampoco durante períodos extensos. ¿Qué trabajadores entre 18 y 25 años (por fijar un rango etario) pueden dar cuenta de que quieren jubilarse en su puesto? ¿Quién sabe con exactitud si quiere trabajar por mucho tiempo de lo mismo o incluso de lo que estudió?

A diferencia de ese vínculo místico con el trabajo que portan quienes protagonizaron las recuperaciones, los jóvenes tienen una relación básicamente atea, pragmática, con el trabajo. Esta posición puede redundar en un cinismo individualista, pero también puede convertirse en un punto de partida para una incipiente politización basada en formas alternativas de comprender la vinculación entre vida, deseo de libertad y trabajo. Los laburantes tomaron las fábricas para evitar el desempleo en una coyuntura específica, pero también para mantener con vida la expectativa de finalizar su trayectoria laboral en dicho establecimiento; los pibes que luchan por sus condiciones de trabajo tienen que asumir una paradoja de época: se exige una necesaria solidez contractual en puestos o espacios que no se sabe si se quiere ocupar por largo tiempo. Hay pibes que se incorporan con felicidad a las cooperativas como socios plenos, pero se alejan al poco tiempo.

A modo de cierre.

Los trabajadores que recuperaron las fábricas, por lo menos en el Gran Rosario, han demostrado que fueron capaces, cuando nadie lo sospechaba, de autogestionarse para reimpulsar, sostener e incluso para hacer crecer y avanzar las cooperativas que ellos mismos crearon. A su vez, también han dejado en claro cuáles son los límites de lo deseado y posible para ellos en tanto generación laboral. Los jóvenes que incorporan muestran un ateísmo y un desapego con el mundo del trabajo. Se suele leer esta posición mayoritaria como una desafección negativa, propia de una generación que, como consecuencia del neoliberalismo, no pudo incorporar una cultura del trabajo. Mi lectura es más bien otra: más que una dificultad, allí surge una disposición subjetiva promisoriosa. Lo afirmo aún sin desconocer -como ya dije- expresiones extendidas de cinismo, oportunismo e individualismo en estas subjetividades. Pero, aún con estos reparos, considero indispensable apostar por la capacidad creativa, inventiva, de posible politicidad, de estas nuevas generaciones que

muestran un vínculo pragmático, disruptivo con el mundo del trabajo. Vale la pena apostar –o al menos abrir una pregunta- por la capacidad de estos jóvenes para construir una relación más virtuosa entre la vida, la autonomía, los deseos de libertad y el trabajo.

Rosario, agosto de 2012

Bibliografía reseñada:

- Hudson, Juan Pablo (2011). *Acá no, Acá no me manda nadie. Empresas Recuperadas 2000-2010*. Buenos Aires: Tinta Limón Ediciones.
- Colectivo Situaciones (2011). “Apuntes sobre Acá no...”. En Hudson, Juan Pablo, *Acá no, Acá no me manda nadie. Empresas Recuperadas 2000-2010*. Buenos Aires: Tinta Limón Ediciones.
- Colectivo La Casona de Flores (2011). “*El trabajo multiforme: entre la precariedad y la auto-organización*” (en línea). Disponible en: <http://casonadeflores.blogspot.com.ar/2011/12/el-trabajo-multiforme-entre-la.html> (online, 27/08/2012)
- Colectivo Juguetes Perdidos (2011). “¿Cuánto soportamos por la puta guita? (Segunda Parte) Sobre el currículum oculto” (en línea). Disponible en: <http://colectivojuguetesperdidos.blogspot.com.ar/2010/10/cuanto-soportamos-por-la-puta-guita.html> (online, 27/08/ 2012)
- Hudson Juan Pablo (2011). “Empresas Recuperadas por los Obreros: Fin de Etapa y Nuevas Instituciones” (en línea). Revista OSERA N°5. Disponible en: http://webiigg sociales.uba.ar/empresasrecuperadas/PDF/PDF_05/hudson2.pdf (online, 27/08/2012)